



De la comunicación a la propaganda en la agitación política de la modernidad: legado para el mundo contemporáneo

*From communication to propaganda in the political agitation of
Modernity: legacy for the current world*

Fernández García, Eduardo

Universidad Isabel I (UI1)

eduardo.fernandez.garcia@ui1.es

Forma de citar este artículo:

Fernández García, E. (2022). De la comunicación a la propaganda en la agitación política de la modernidad: legado para el mundo contemporáneo. *RAE-IC, Revista de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación*, 9(Especial), 233-254.

<https://doi.org/10.24137/raeic.9.e.13>

Resumen:

Las enseñanzas históricas sobre los detonantes de la acción política demuestran que la movilización requiere apoyarse en potentes canales comunicativos de legitimación. No es un fenómeno de la contemporaneidad, sino una constante verificable desde las contiendas dialécticas del mundo clásico. En el caso español, la apertura de cauces para la participación que abrió la Modernidad alcanzó también al lenguaje político, con una semántica moralizada de la política que aunaba discurso virtuoso del gobierno y relato dinástico. Lo hizo tanto para la aculturación en la ideología regia como para la justificación de la resistencia a ella, desde la publicística y hasta la insurrección armada.

Este artículo postula, desde una mirada interdisciplinar, la conveniencia de elevar al

233

primer plano de análisis los componentes comunicativos del mensaje político que se asentaron con el surgimiento del Estado moderno; no sólo como precursores de la propaganda, sino como constituyentes discursivos de la llamada al cambio en distintos momentos históricos a lo largo del siglo XX. La cultura política española no podría comprenderse adecuadamente sin este elemento duradero que la Edad Moderna legó a la contemporánea para rescatar la política de la retórica y entregársela a la pragmática.

Palabras clave: propaganda, relato legitimador, análisis del discurso, pragmática política, Modernidad, cultura política.

Abstract:

Historical teachings on the triggers of political action show that mobilization requires relying on powerful communication channels of legitimation. It is not a contemporary phenomenon, but a verifiable constant since the dialectical disputes of the classical world. In the Spanish case, the opening of channels for participation that Modernity opened also reached political language, with a moralized semantics of politics that combined virtuous discourse of government and dynastic narrative. It was useful both for the acculturation in the royal ideology and for the justification of resistance to it, combining publicity and armed insurrection. This article postulates, with an interdisciplinary perspective, the convenience of elevating to the forefront of analysis the communicative components of the political message that were established due to the emergence of the modern State, not only as precursors of propaganda, but as discursive constituents of the call for change during different historical moments throughout the 20th century. The Spanish political culture could not be properly understood without this lasting element that the Modern Age bequeathed to the contemporary to rescue politics from rhetoric and deliver it to pragmatics.

Keywords: propaganda, legitimizing narrative, discourse analysis, political pragmatics, Modernity, political culture.

1. INTRODUCCIÓN: AGITACIÓN POLÍTICA, PRESENTISMO Y MODERNIDAD

Este monográfico temático brinda la oportunidad de subrayar la continuidad comunicativa, tantas veces atemporal, que persigue la acción política. El objetivo de este artículo es destacar que ciertos tópicos y convenciones discursivas empleadas con alto rendimiento en la comunicación política para la movilización de masas surgieron en la Modernidad, preludivando la agitación propia de las sociedades dinámicas de la Edad Contemporánea. Con una óptica académica prevalente de la Comunicación, interesa también a la Lingüística, a la Ciencia Política, a la Sociología y a la Historia. Sus matices completos son complejos de captar desde todas esas perspectivas a la vez. Se propone una metodología de acercamiento interdisciplinar que interiorice epistémicamente los límites y frutos aportados hoy por cada disciplina sin la excesiva compartimentación académica que, por otro lado, sería artificiosa cuando se analiza directamente una comunicación política que busca simultáneamente explicar, convencer, legitimar, movilizar. El objeto concreto de estudio es el conjunto de proposiciones que en el despertar de la Modernidad pasaron de la comunicación a la propaganda y sirvieron eficazmente para la movilización política hasta quedar superadas por la dialéctica histórica del absolutismo y no volverían a plantearse hasta la Contemporaneidad.

Uno de los problemas principales del presentismo como presente omnipresente (Hartog, 2013, p. 28) contra el que constantemente se clama por los historiadores de etapas previas a la contemporánea (Chartier, 2020, p. 71; Gil Pujol, 2012, p. 210; Pazzelli, 2003, p. 249), es volcar conceptos, términos categorías y valores actuales sobre comunidades del pasado que se estructuraban socialmente, se relacionaban comunicativamente, se jerarquizaban políticamente y se comprendían culturalmente en una forma muy distinta a la actual. ¿Es posible, por tanto, clamar a la vez contra el presentismo y referir el fenómeno de la comunicación para la movilización política a épocas muy anteriores a la actual? Este artículo postula que en atención a cómo se desarrollan los hechos de la agitación política es posible hacerlo desde la Edad Antigua hasta hoy. Y particularmente, que el mundo moderno abre canales y dinámicas sin los cuales no podría explicarse el rendimiento efectivo de la propaganda para mover a grandes masas a los movimientos insurreccionales o revolucionarios de la Edad

Contemporánea. Hasta tal punto que tanto en el imaginario colectivo de la política global como en los usos comunicativos permanecen indelebles algunos de los recursos legitimadores de la acción política masiva moderna.

Por tanto ¿por qué puede interesar en este número especial retrotraer hasta los albores de la Modernidad la eficaz correlación entre comunicación y propaganda con los movimientos políticos, si probablemente en la contemporaneidad pueden quedar acreditadas las íntimas relaciones entre ellos de forma más fehaciente? La comprensión actual no se obtiene desde un enfoque historiográfico, ni tampoco politológico, sino comunicativo. En consecuencia, la interdisciplinariedad arrojará mejores frutos para comprender que, en buena medida, los mecanismos movilizados de los movimientos revolucionarios contemporáneos hunden sus raíces en narrativas legitimadoras de la resistencia a los gobernantes, que rinden un enorme beneficio propagandístico y que tienen un origen anterior. Hasta haberse hablado para la movilización política de prensa preperiódica en la Edad Moderna (Ettinghausen, 2015, p. 7).

1.1. COMUNICAR, MOVILIZAR

Se ha dicho bien, tanto al analizar la historia de las ideas políticas como la historia de la comunicación, que la comunicación pública tiene en su desarrollo íntimas conexiones con los acontecimientos de la política práctica. También que los cambios no tanto en la comunicación como en la teoría de la comunicación han estado muy pegados a los cambios del sistema político (Peralta Ruíz, 1992, p. 29). Además de las reticencias a la aceptación de su naturaleza disciplinar (Moragas, 1981, p. 11), un rasgo común entre la política y la comunicación estriba en su impacto directo y profundo en la conformación de dinámicas de transformación de la sociedad. Al punto que difícilmente la primera lograría sus objetivos de cambio y movilización sin el concurso imprescindible de la segunda. Cuando los objetivos primarios de la política radican precisamente en el cambio del sistema de forma inmediata, la comunicación demanda una parcial mutación en propaganda y la transformación política adquiere tintes de revolución, o al menos de cambio sistémico abrupto.

Esas aseveraciones han sido aceptadas para etapas recientes. Se plantea la posibilidad –que no es nueva (Lasswell, 1948, pp. 43-45)– de ampliar para períodos históricos previos la aplicabilidad de ciertos elementos de las teorías de la comunicación política y social. Aunque las más difundidas tienden a establecer una correlación necesaria entre comunicación y sociedad de masas (Jensen, 1995, p. 55; Méndez Rubio, 2004, p. 17; Saperas, 1987, p. 21; Thompson, 1998, p. 43) existen desarrollos teóricos, entre el empirismo y el funcionalismo, de eventual aplicación intemporal o al menos históricamente diversos (Rodrigo Alsina, 2001, p. 38). A estas alturas no resulta novedoso afirmar la existencia de corrientes organizadas de transmisión de noticias desde los albores de la Modernidad (Davies y Fletcher, 2014, p. 3).

Si comunicar políticamente va mucho más allá de trasladar ideas y proyectos, debe considerarse en qué medida pueden apreciarse para etapas históricas pasadas algunos efectos inmediatos de la comunicación política. Por diversas razones epistémicas resulta dificultosa la proyección de la teoría de los efectos de la comunicación –al menos en el paso de los individuos a las masas– antes de avanzado el siglo XIX. Por tanto, el paradigma dominante de los efectos de la comunicación debe ser prudentemente matizado antes de la contemporaneidad. No para aupar la teoría de los efectos limitados a concreción de la teoría hipodérmica, porque toda comunicación política del mundo moderno acabara por manifestar una propensión propagandística. Más bien porque referido al mundo moderno, el efecto se manifiesta frecuentemente como mediato y parcial, por dirigirse a actores políticos tan específicos que no constituyen grupos sociales amplios. Aunque el paso de las élites políticas y culturales –trasunto de las oligarquías sociales– a masas amplias resulta crucial en los movimientos revolucionarios modernos. Y además, porque junto con la evaluación de los efectos, la comunicación política destinada a la agitación revolucionaria moderna plantea otros componentes discursivos, e incluso meramente retóricos. Tienen gran trascendencia, incluso por encima de unos efectos que, en el mejor de los casos, llaman a la rebelión, pero plantean resultados muy limitados en la transformación profunda y duradera del sistema político. Por ello es necesario distinguir entre la difusión de noticias para una acción –la agitación– o para un resultado –la ruptura del sistema–.

Si en todo tiempo la transmisión de creencias ideológicas requiere necesariamente apoyarse en la comunicación, existen algunas coyunturas en las que esta absorbe todo esfuerzo movilizador. Las campañas para las asambleas de la democracia ateniense o para el consulado en Roma ejemplifican la movilización ordinaria en un contexto electoral. Más interesante resulta la *isegoría* ateniense como derecho a ser escuchado políticamente (Benítez, 2005, p. 58), basada en la capacidad persuasiva de la comunicación, mucho más allá de la mera artificiosidad de la retórica. Tomemos, por simplificar, para el mundo griego a Aristóteles (*Política*, I 2, 1253a 18 con la comunicación política en sustento de la *politiké areté*) y para el romano a Quinto Cicerón (*Commentariolum petitionis*, VIII, 30).

Sería erróneo considerar que existe una cesura temporal entre la antigüedad y la contemporaneidad a efectos de la propaganda movilizadora. Notables episodios bajomedievales en relación con los coletazos finales del enfrentamiento entre los poderes universales, recurren a la comunicación a larga distancia para legitimar las posiciones políticas. El intento de control de los territorios itálicos entre el papado y el Imperio es ejemplo suficientemente clarificador para fijar el origen de esa propaganda rupturista. Pero no es bastante desarrollado y comunicativamente articulado como para ser el precedente inmediato de la movilización contemporánea. Sin embargo, desde el comienzo de la Edad Moderna pueden verse algunos ejemplos que son clara inspiración. Van más allá de lo señalado por la historiografía modernista alemana en relación con la movilización política derivada de una laicización de la comunicación con la Reforma, desde Lutero mismo, o por la historiografía francesa en relación con la hegemonía continental desde Luis XIV, que requirió un esfuerzo comunicativo para explicar algunas criticadas alianzas internacionales, como con el turco.

Los reinos hispánicos no fueron ajenos a ese proceso de modernización comunicativa. Y no siempre por las esferas regias para afianzar el difícil sostenimiento del sistema polisindial en el siglo XVII o para popularizar la nueva visión centralizadora borbónica a partir de los Decretos de Nueva Planta con la llegada de Felipe V. ¿Fue utilizada una comunicación política depurada por actores políticos diferentes al poder regio? Sin alcanzar el nivel de una lucha de ideologías encontradas, se van abriendo paso formas

distintas de contemplar, dentro de un mismo sistema político, distintos regímenes políticos. Esto hubiera sido imposible al pasar de la teoría a la práctica políticas si no hubiera mediado un uso comunicativo intensivo y diferente del de épocas anteriores.

Urge, pues, ver las cosas como se vieron en cada momento histórico (Skinner, 2002, pp. 6-7) en que la propaganda agitaba a las masas para distinguir cómo se han visto a sí mismos como mecanismos de movilización los movimientos insurgentes en la Modernidad y los revolucionarios en la Contemporaneidad.

1.2. HISTORIA Y (DES)MEMORIA DE LA MODERNIDAD POLÍTICA

Tanto la historia de las ideas políticas como la historia política han mostrado insalvables limitaciones para el análisis de la efectividad movilizadora de la comunicación política. Ha sido así incluso para los movimientos de masas, insurgentes, revolucionarios o anti sistémicos de la Edad Contemporánea. En mucha mayor medida de épocas históricas anteriores. En rescate de una mejor comprensión de la influencia de mecanismos depurados de agitación y propaganda política han venido los estudios especializados en historia de la comunicación, y aún más los centrados en la historia de la propaganda (Huici, 2017; Pizarroso Quintero, 1990; Vázquez Liñán, 2008). La perspectiva interdisciplinar propugnada en este artículo aconseja antedatar el uso propagandístico en la agitación política al menos hasta los momentos en los que confluyen dos circunstancias: un uso particular de la comunicación que vaya más allá de la simple enunciación de programas políticos y una cierta mundialización o globalización del rendimiento de esa perspectiva.

Puede mostrarse algún ejemplo en la Modernidad de este uso. No al punto de su absoluta generalización para todo espacio político, cultural y comunicativo, máxime en momentos de confrontación por la hegemonía continental y de lucha confesional. Probablemente esa generalización no llegue antes de la derivada popular de las revoluciones liberales decimonónicas. Pero juzgamos posible proponer algunos precedentes modernos.

La comunicación específica de programas de gobierno alternativos empieza con las Comunidades y Germanías, frente a Carlos V, se complica con los sucesos de 1640, se

perfecciona con la publicística en tiempos de don Juan de Austria, se multiplica en la Guerra de Sucesión y se pule con la aportación de ideas ilustradas. Puede aducirse que no todos esos ejemplos dan lugar a movimientos de rebelión tan notables que puedan calificarse como de revolucionarios. Conviene recordar, no obstante, que la totalidad de las revoluciones contemporáneas devienen directamente de una agitación dialéctica e ideológica previa, que antecede a la insurgencia más activa y armada. No sucede cosa diferente en la Edad Moderna en los reinos hispánicos, puesto que, aunque con menos aparato literario, se pasa frecuentemente del debate de posiciones a la confrontación de ideas y proyectos, y de esta al enfrentamiento activo. No será así en los casos de disparidades de pequeños núcleos, movidos por intereses personales u oligárquicos, frecuentemente de naturaleza nobiliaria y fiscal, y de signo retardatario como sucede con la conspiración andaluza impulsada por el duque de Medina Sidonia, la aragonesa del duque de Híjar, o la navarra de Iturbide. Pero indudablemente hay identidad de agitación, rebelión y uso de la propaganda en otros movimientos generalizados, que aspiraron al apoyo popular. Basta recordar que en varios casos se llega al enfrentamiento armado, con pérdida de vidas y haciendas. Sucede en las Comunidades, en las Germanías, en los alzamientos portugués y catalán de 1640, en las revueltas sicilianas y napolitanas de 1647 y en el uso de panfletos de distinta especie en apoyo de cada bando enfrentado en la Guerra de Sucesión. Parecen suficientes ejemplos como para abonar la existencia de precedentes modernos del uso comunicativo de la propaganda política directamente encaminada a la movilización de masas con objetivos revolucionarios, si entendemos la revolución como la alteración abrupta y violenta del sistema político y sus componentes subjetivos e institucionales.

Ver la generalización de esos usos propagandísticos para mover nada menos que a la toma de las armas para enfrentarse con el poder establecido en marcos territoriales tan amplios, incluso sin salir de los territorios hispánicos, confirma la existencia del segundo requisito, una cierta globalización de los mecanismos movilizadores, particularmente si se contempla en series temporales concentradas. De la misma manera que puede hablarse de un ciclo revolucionario decimonónico y de otro ciclo revolucionario inmediatamente posterior a la fijación del sistema bipolar que sigue a la Segunda Guerra mundial, puede hablarse propiamente de un ciclo de rebelión frente a la concepción

imperial carolina con el primero de los Austrias y de un intensísimo ciclo insurgente en la década de 1640.

2. EXIGENCIAS EPISTÉMICAS, COMPROMISOS METODOLÓGICOS Y COMUNICACIÓN POLÍTICA MODERNA

Huir de la contaminación con que el presentismo tiñe de valores y juicios –no necesariamente prejuicios– de la actualidad cualquier etapa histórica previa de la política exige un compromiso epistémico. No siempre es posible cuando se habla de propaganda. Para justificar las posiciones de uno u otro bando frecuentemente penetra una metacomunicación que cierne sobre el discurso el peligro de subordinar los datos descriptivos a fines valorativos. Tantas veces se ha escrito sobre el alcance y los límites del análisis crítico del discurso proyectados a la comunicación política de la Modernidad que ha terminado por solaparse la connotación de dominación que este análisis crítico del discurso plantea con la idea de dominio propio de las sociedades absolutistas del Antiguo Régimen. De modo que el análisis del discurso, que es herramienta particularmente útil para la disección de los canales comunicativos de la contemporaneidad, refuerza el sesgo de selección ideológica cuando se analiza la propaganda de los movimientos insurreccionales de la Edad Moderna.

Generalmente sucede por el afán de recalcar el magisterio que estos ejercieron sobre la era de las revoluciones decimonónica. Solamente un camino metodológico parece indicado para prevenirse contra tales riesgos. Se trata de profundizar en los puentes interdisciplinarios que se tienden entre Comunicación –tantas veces correlacionada con la lingüística–, Historia y Ciencia Política.

2.1. COMUNICACIÓN, PROPAGANDA, MENSAJE

¿Qué puede entenderse por comunicación y por propaganda en la Edad Moderna? Una férrea y artificiosa compartimentación entre pensamiento político y acción política ha dificultado avanzar desde las ideas hasta los movimientos, cuando son insurreccionales, aunque hay sólidas líneas académicas de estudio de la incidencia de la propaganda en la movilización desde la Edad Media (Nieto Soria, 2007).

El paso desde la comunicación hasta la propaganda se apoya eficazmente en una deliberada desvinculación del concepto de verdad respecto del discurso político. Se pretende difundir entre los súbditos una explicación razonablemente aceptable de por qué los gobernantes adoptan decisiones, acometen misiones o simplemente reaccionan frente a sus adversarios de una determinada manera. Este no es un tema menor, dada la fundamentación teológica del poder, y representa la primera desacralización de la política, aun cuando no podamos propiamente hablar de laicización del pensamiento ni de la comunicación política en amplias esferas europeas, no solo católicas, debido a la importancia que durante toda la Edad Moderna tuvo la confrontación confesional después de la Reforma.

En el caso español es aún más llamativo ese proceso que transita desde la comunicación a la propaganda en medio de un lenguaje transido de conceptos teológicos como los del providencialismo designativo de los reyes o la virtud política como base del buen gobierno. Este es todo aquello que se diga machaconamente que repercute en un indefinido y nunca bien explicado bienestar de los súbditos, que se identifica con la mayor potencia del reino en la esfera internacional, lo que en el caso hispánico se enuncia bajo la fórmula retórica de “conservación y aumento de la monarquía” en las fases más expansivas o de “restauración de España” en el momento de la declinación, a partir de mediados del siglo XVII.

Es una forma de simplificación comunicativa que perdurará hasta entrada la contemporaneidad a la vez en obras historiográficas, en la tratadística política y en las relaciones de sucesos y noticias; de ahí que propiamente sea un antecedente periodístico. En sus fundamentos, pues muchos de los movimientos insurgentes del siglo XX se han basado en similares pasos desde la verdad absoluta y objetiva inalcanzable en el mundo político. Y hasta las verdades revolucionarias de base ideológica, como bien puede comprobarse en adaptaciones de la teoría marxista (Arribas y Barberá, 2018), desde el leninismo hasta el maoísmo. Por supuesto esto no es un proceso seguido únicamente en las revoluciones originadas desde la izquierda política, sino que simplificaciones aún más elementales se han utilizado en la justificación de movimientos desde la extrema derecha, incluida su vertiente militarista. Con la diferencia de que la

concatenación dogmática de acciones y reacciones que explican en un proceso dialéctico el paso a nuevos repartos de poder venden propagandísticamente una verdad absoluta religiosamente amparada. A diferencia de las revueltas campesinas o urbanas de la Baja Edad Media, así como de las revueltas nobiliarias de mediados del siglo XVII, cuando se observan las orientaciones, procesos y justificaciones de las Comunidades y las Germanías en 1521 y los movimientos insurgentes de Portugal y Cataluña en 1640 surge meridianamente esta desvinculación, que da un enorme juego a la propaganda política (Fernández Valladares, 2013; Gutiérrez Jiménez et al., 2015).

2.2. MOVILIZACIÓN, REBELIÓN, REVOLUCIÓN

¿Qué hay de revolución en la Edad Moderna? Si la historiografía ha venido utilizando ampliamente el calificativo de revolucionarios para algunos movimientos modernos, las reticencias han venido desde la Ciencia Política. La tradicional identificación de la revolución con un movimiento popular o de base amplia, siquiera inducido por élites intelectuales, violento y que ocasiona un cambio significativo estructural del sistema político, empezando generalmente por la propia Jefatura del Estado (de Andrés Sanz y Ruiz Ramas, 2011; Villoro, 1993), ha dificultado identificar la naturaleza revolucionaria de acciones contra el poder regio hispánico en la Edad Moderna. Incluso de las que llegaron a triunfar en forma de separación del dominio austracista, como las independencias de las Provincias Unidas y de Portugal. En ambos casos se han visto las pretensiones orangistas y bragancistas en una clave más nacional que revolucionaria.

Se ha recurrido a la concepción revolucionaria en la Edad Moderna para explicar algunos procesos disruptivos y la resultante acumulación del cambio estructural para reformar el sistema político y no solo el régimen político. Si la Ciencia Política requiere diferenciar entre revoluciones y rebeliones, en la Edad Moderna los constituyentes comunicativos del discurso se asemejan. Es más, con mucha frecuencia es el puro resultado final del proceso insurgente y no sus dinámicas comunicativas y propagandísticas el que obliga a diferenciar esos conceptos.

Si hasta ahora se ha aludido al componente de historia de la comunicación política moderna, existe otro de memoria, a pesar del tiempo transcurrido. En el caso español

basta contemplar la recurrente utilización de la imagen comunera para conformar un imaginario revolucionario republicano –simultáneamente socialista, comunista e incluso anarquista–, desde los actos de proclamación de la República hasta las trincheras de la guerra civil en boca de Unamuno, Marañón, Azaña, Federica Montseny, Marcelino Domingo, Salvador de Madariaga y hasta Companys.

Cuando se aboga en este artículo por aceptar un aprovechamiento propagandístico para los movimientos revolucionarios contemporáneos de los tópicos comunicativos de la política moderna en España se ha de recordar la utilización marxiana. El propio Karl Marx, en su refugio londinense tras el fracaso de la revolución de 1848, recurrió a los acontecimientos comuneros para explicar didácticamente los antecedentes del ciclo revolucionario contemporáneo en los artículos que publicó en el *New York Daily Tribune*, en particular sus reflexiones agrupadas en la serie *España revolucionaria*, que daría pie a reflexiones parecidas de Engels (Canavaggio, 2009, p. 141). Fue nada menos que Andreu Nin quien recopiló y tradujo en 1929 esas conclusiones para utilizarlas en los argumentarios comunistas de la agitación revolucionaria dentro de las tensiones ideológicas del bando republicano. La visión socialista en la II República de esos textos se debe a Jenaro Artiles. De su utilidad para la propaganda revolucionaria da cuenta que se reeditaran sucesivamente desde 1929 en Madrid como obra unitaria de Marx y Engels bajo el título *La Revolución Española* y tuviesen traducción neoyorkina para una más amplia difusión como *Revolution in Spain* en 1939. Pero sobre todo que se publicaran a continuación en español en Moscú, lo que da idea de la adecuación para insertar los acontecimientos revolucionarios españoles de la Edad Moderna en ciclos amplios dentro de la dinámica dialéctica del materialismo histórico que mecánicamente inspirarían movimientos revolucionarios tras la guerra mundial.

Uno de los grandes reclamos actuales de la reforma de los sistemas políticos para dar cabida a mayores dosis de participación se relaciona con la distinción entre las nociones de ciudadanos y electores, siendo esta última más pasiva y restringida que la primera. La ciudadanía activa, máxime la que manifiesta su disconformidad con deseos de ruptura violenta del sistema, ha ido dando paso a nuevas formulaciones teóricas de la democracia participativa y hasta de la democracia radical, profundamente distanciadas

de la descorazonadora democracia liberal representativa parlamentaria. Algunas de las manifestaciones más recientes en forma de democracia digital son exponentes de estos nuevos deseos que pueden llevar por acumulación de cambios parciales a profundas reformas sistémicas, sin tener que acudir a mecanismos tan traumáticos como las revoluciones. Estas aspiraciones se enuncian muchas veces bajo la fórmula de mayor calidad de la democracia. Recordemos una simple frase: “por ninguna otra cosa es averiguado qué sea ciudadano sino por la participación del poder”. Ciudadano y no súbdito, participación y no obediencia, poder y no subordinación son tres potentes vocablos aunados en una sola frase. Pues bien, pertenece a un tratadista político, nada menos que monje trinitario, Alonso de Castrillo, que publicó en 1521 su *Tractado de República* dos días antes de que las tropas imperiales carolinas aplastasen toda aspiración de reparto de la responsabilidad del gobierno de los comuneros alzados en armas contra el rey. No cabe mayor potencia, mayor simplicidad y mayor actualidad en una frase, que demuestra que el pensamiento político español y la activa comunicación de este a través de tratados y también a través de propaganda impresa no tuvo que esperar a la llegada del maquiavelismo para reclamar una esfera autónoma de la política, que no necesitaba teñirse del lenguaje de la confesionalidad religiosa.

Es uno de los poderosos mensajes que reclaman libertad y participación en el momento en el que se abre la Modernidad en España. Se articulan en un Renacimiento que recoge planteamientos políticos ciceronianos del republicanismo cívico para completar el universo mental del clasicismo que previamente bebía en Aristóteles y Platón. Hay algunos más, que se apoyarían décadas más tarde en el tacitismo. El hilo conductor de todos ellos es el profundo desconocimiento de la mayoría en la actualidad. Quizás únicamente ha pasado con mejor fortuna ese grito contra el absolutismo y el autoritarismo en que consisten los mensajes propagandísticos de los comuneros. Fueron reutilizados por los liberales progresistas contra el inmovilismo borbónico fernandino, después por los constituyentes de todo signo político en la II República y más tarde por quienes reclamaban en la Transición un Estado descentralizado en el arranque de la España de las autonomías, mediante un imaginario comunero vinculado a movimientos sociales y propuestas políticas ideológicamente situadas en la izquierda.

Es cierto que en ese ejemplo hay mucho de reelaboración mítica (Berzal de la Rosa, 2008) al servicio de posturas partidistas. Precisamente ese es el objeto de estudio de este artículo y de este monográfico, puesto que la propaganda va más allá de la pura comunicación de ideas, creencias y hasta convicciones, para alcanzar una movilización que presenta muchos componentes emocionales. Sin esa predisposición psicológica de los actores políticos al paso de la desobediencia a la resistencia, de la movilización a la rebelión y de esta a la revolución no se entenderían algunas de las fases más dinámicas de la política de la Edad Contemporánea, y aún del mundo actual.

3. SOPORTES TEXTUALES: LENGUAJE POLÍTICO, RELATO, DISCURSO, TOPOI

Fueron muy variados los soportes para la propaganda como remedo de la comunicación periodística en el Barroco (Guillamet i Lloveras, 2012, p. 263). Con la sola excepción de los medios de comunicación de masas, sustituidos entonces por una diversidad de vías de comunicación caracterizadas por la oralidad y la inmediatez, los métodos persuasivos que convierten la comunicación política en propaganda para la movilización estaban presentes desde el principio de la Edad Moderna, también en España. Estrategias comunicativas, herramientas propagandísticas persuasivas, fórmulas tecnicadas y comunicadores estables estaban presentes en la contienda política mucho antes de la generalización de los periódicos y los periodistas.

En el caso español ha sido bien estudiado el rendimiento de las denominadas relaciones de noticias como antecedentes del periodismo contemporáneo (Agulló y Cobo, 1966), en consonancia con otros estudios históricos sobre el surgimiento de los textos protoperiodísticos en la Edad Moderna, más allá del *Mercurius gallobelgicus*, en otras latitudes como Italia (Andrés, 2013; Bulgarelli y Bulgarelli, 1988), Francia con las *occasionnels* (Dahl et al., 1951), Alemania con las *Neue Zeitungen* (Bauer, 2011) o Inglaterra (Arblaster, 2006), o en general, para todo el ámbito europeo (Barbarics y Pieper, 2007; Espejo Cala, 2013). No se trataba simplemente de dar cuenta de los acontecimientos de la política, sino de crear un verdadero estado de opinión (Bouza Alvarez, 2008, pp. 15-40) o un mercado de noticias (Infelise, 2010, p. 153).

3.1. NUEVAS VÍAS DE LA PROPAGANDA

Una de las razones por las que esta época es tan interesante es porque se asiste al surgimiento de nuevas vías de propaganda y comunicación, especialmente con las nuevas posibilidades otorgadas por la imprenta, pero no solamente (Fernández Valladares, 2022, p. 421). La oralidad en la transmisión de noticias hace imposible identificar una función transmisora (Castillo Gómez, 2017, p. 74) concentrada en actores sociales equivalentes a los periodistas de las sociedades contemporáneas, pero puede analizarse si, más allá del componente subjetivo, sus funciones son asumidas eficazmente por otros actores políticos y culturales (Díaz Noci, 2012, pp. 207-209; Espejo Cala, 2012, p. 104). De lo que no cabe duda es de la existencia de vías de comunicación política estables, extensas y socialmente significativas. Se hace propaganda desde las artes visuales, desde los corrales de comedias, desde los púlpitos, y se hace comunicación propagandística desde las reuniones concejiles, desde las sesiones de Cortes, desde las aulas universitarias y desde una tratadística variadísima.

La diversificación de mecanismos de transmisión o canales comunicativos se relaciona con una creciente polarización política en las sociedades modernas. En el caso español es perceptible a través de la utilización del teatro aurisecular como herramienta de aculturación política, particularmente acertada para extender una *imago regis* basada en la conjunción de objetivos que conectan la propaganda regia con una tríada de mecanismos socializadores: la cultura política, el empleo de la cultura al servicio de la movilización política y la aculturación en la obediencia. Es precisamente el apartamiento de ese esquema normal el que permite considerar hasta qué punto esos medios comunicativos, que consiguieron una eficaz movilización contra el poder, tienen un profundo rendimiento revolucionario, especialmente en dos direcciones. La primera es la legitimación de la desobediencia en la evolución de esos movimientos comunitarios hacia la invocación del derecho de resistencia y la posibilidad de levantarse en armas. La segunda, la multiplicación de estrategias deliberadas frente al empleo de la maquinaria inquisitorial por el poder político. Si se tiene en cuenta que la mayoría de los propagandistas procedieron del clero, tanto regular como secular, resulta más llamativo este hecho. No se trata de escapatorias oportunistas de carácter individual, sino de auténticas estrategias compartidas de justificación o de ocultamiento que permiten en

el terreno formal lingüístico observar el triunfo de la semiopragmática frente a la retórica y en el terreno material dar el paso desde la disimulación a la simulación.

La coerción y el control social y cultural de la comunicación política intentado por el poder impone la conveniencia de dejar críticas y llamadas a la acción únicamente apuntadas. De ahí la relevancia de las claves interpretativas que compartían emisores y receptores, escritores y lectores y que fácilmente se escapan en una lectura plana actual. Por aquí surge la necesidad de dejar solo sugerido lo que podía suscitar la reacción del poder, dejando claras las intenciones de cambio mediante mensajes performativos insertos en claves para completar sentidos. Basta recordar el llamamiento de Juan de Mora en su prólogo al Lector en sus *Discursos morales* de 1589: “mas pidote, amigo Letor, que escuses mi estilo, supliendo con tu buen pecho lo que hallares aver faltado a mu juyzio y lengua, tomando lo que fuere digno de ser recibido”. Ese tipo de transacción pragmática está presente en todos los mensajes escritos entonces en el mismo modo que podría encontrarse hoy. Es así no sólo en la literalidad textual, sino también en el uso de las imágenes, con las artes figurativas como sustitutivo de la comunicación audiovisual.

El celo inquisitorial se vencía simultáneamente con un juego de autocensura e implicaturas y presuposiciones. Persecución inquisitorial por sus escritos políticos tuvieron Álamos de Barrientos, Fox Morcillo, Furió Ceriol, Mariana, Gracián o Quevedo, y hasta Arias Montano y Pedro de Ribadeneyra. A veces no puede vencerse la persecución, como en los casos de Antonio Pérez, ni en obras propias como le pasó a Antonio Enríquez Gómez desde su *Política angélica* a *La Inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos*. Muchas obras firmadas nunca verían la imprenta, y de ahí la difusión de panfletos junto con relaciones de noticias.

El paso desde los escritos más elaborados hasta los pliegos y panfletos, los carteles y las predicaciones encaminados a trasladar una idea moralizada de la política se forjó con un repertorio fijo de temas y tópicos, que representan el paso irreversible de la retórica a la comunicación. Repertorios no solo en el sentido material de aprovechar pocos temas de un alto rendimiento propagandístico, entre los cuales destaca la resistencia a la tiranía, sino también en el sentido material, porque se difundieron una suerte de

manuales retóricos con frases y fórmulas ritualizadas muy meditadas para lograr el paso de la agitación a la movilización. Esos inventarios empezaron por las fórmulas retóricas y terminaron por convertirse en colecciones de citas de autoridad. Es la transformación definitiva del discurso político en relato, con una adecuación de la finalidad persuasiva y una diversificación de los tipos de mensajes que ya no desaparecerían. Si el rey se había presentado en muchas metáforas organicistas como la cabeza del cuerpo cívico o como el timón del barco o como el buen pastor del rebaño político, se convertían ahora los gobernantes –especialmente los privados– en un miembro del cuerpo a extirpar.

Todos esos mecanismos de comunicación amplios (publicística, arbitrios, memoriales, carteles, sermones en los púlpitos, tratados, literatura ficcional) que se consideran propiamente prensa escrita en muchos casos (Eisenstein, 1979, p. 136) y herramientas más restringidas de propaganda sirvieron eficazmente para la transformación política y la renovación profunda del lenguaje político de la razón de Estado y la soberanía.

4. ESTEREOTIPOS Y PARADIGMAS COMUNICATIVOS, PROPAGANDA, LEGITIMACIÓN

Baltasar Gracián subrayó en su *Oráculo manual* el valor parenético especial de las noticias políticas difundidas en el siglo XVII, que buscaban menos conmover que movilizar, pues, en sus propias palabras perseguían “mover voluntades”. Algunos *topoi* sirvieron eficazmente para ello y fueron utilizados recurrentemente en la propaganda y las relaciones de sucesos: la responsabilidad del honor que lleva a no ceder ante el poder, la honra frente a la sumisión, el adynaton del gobierno no virtuoso de los gobernantes, el desprecio de la complacencia, *tempus politicus fugit*, el mundo político como teatro y, por encima de todos ellos, *fortuna mutabile y homo lupus homini*. Se utilizaron en distintas combinaciones para explicar por qué había que movilizarse frente al poder.

Existió un tipo de propaganda que no necesitaba de muchos subterfugios explicativos, directa y comprensible por todos. Durante la confrontación de las Germanías en Valencia se distribuyeron grandes carteles hechos en imprenta en un llamativo color rojo anunciando el triunfo de las tropas comuneras frente a las carolinas, ejemplo de *fake news* deliberado de propaganda y desinformación en época bien temprana.

Perfeccionaba mediante la imprenta la capacidad de llegar a capas de población muy amplias al colgarlos por las calles. Contrapunto de la narrativa oficial fueron las campañas de falsas noticias que conocemos por el *De Motu Hispaniae* de Maldonado, como una campaña de agitación callejera con falsas noticias sobre nuevos impuestos que hizo crecer la indignación popular. Nos remontamos en los primeros casos a comienzos del siglo XVI, ya que por razones de espacio y concisión es imposible relatar los muchos ejemplos como éste que podrían aducirse, particularmente del siglo XVII, no siempre contra la autoridad real, sino preferentemente contra los validos.

El tópico movilizador y legitimador más recurrente fue la lucha contra la tiranía, de raigambre medieval, y que se perfeccionó enormemente en España por las influencias erasmistas de la *Institutio principis christiani* a través de la formulación del *De rege* de Mariana. Contra el tirano toda resistencia es legítima, toda movilización es un medio permisible y cierta violencia puede contemplarse, como manifestó el debate sobre el tiranicidio.

5. CONCLUSIONES

La comunicación política movilizadora no es un fenómeno reciente, si bien su traslación a medios susceptibles de convocar al enfrentamiento contra el poder de manera sistemática es un paso de la Modernidad. Con el surgimiento del Estado moderno aparece también una sistematización de la opinión pública y el desarrollo de medios para convencer. La movilización política moderna requirió de medios consolidados de propaganda y el recurso a la circulación de noticias de forma oral y escrita. La imprenta se erigió en un arma propagandística imprescindible en los movimientos armados contra el poder. El empleo de una insurrección legitimada en la propaganda es, pues, un rasgo que se trasladará a los movimientos contemporáneos con identidad de objetivos y dinámicas, si bien con diferencia de medios y canales comunicativos. Pero no puede prescindirse de la Modernidad para entender el papel movilizador y legitimador de la propaganda desde la cultura política más que desde las ideologías.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agulló y Cobo, M. (1966). *Relaciones de sucesos I: Años 1477-1619*. CSIC.
- Andrés, G. (2013). *Proto-giornalismo e letteratura. Avvisi a stampa, relaciones de sucesos*. Franco Angeli.
- Arblaster, P. (2006). Posts, Newsletters, Newspapers: England in a European system of communications. En J. Raymond (Ed.), *News Networks in Seventeenth Century Britain and Europe* (pp. 19-34). Londres: Routledge, Taylor & Francis.
- Aristóteles (2018). *Política*. Ed. Salvador Rus Rufino. Tecnos.
- Arribas, F., y Barberá, R. (2018). La Revolución Bolchevique: los orígenes de la propaganda y la manipulación de la opinión pública. *Historia y Comunicación Social*, 23(1), 49-63.
- Barbarics, Z. y Pieper, R. (2007). Handwritten newsletters as a means of communication in early modern Europe,. En F. Bethencourt y F. Egmond (Eds.), *Cultural Exchange in Early Modern Europe*. Londres: Cambridge University Press.
- Bauer, O. (2011). *Zeitungen vor der Zeitung. Die Fuggerzeitungen (1568-1605) und das frühmoderne Nachrichtensystem*. Berlín: Akademie Verlag.
- Benítez, B. (2005). La ciudadanía de la democracia ateniense. *Foro Interno*, 5, 37-58.
- Berzal de la Rosa, E. (2008). *Los comuneros. De la realidad al mito*. Madrid: Silex.
- Bouza Alvarez, F. (2008). *Papeles y opinión. Políticas de publicación en el Siglo de Oro*. CSIC.
- Bulgarelli, S., y Bulgarelli, T. (1988). *Il giornalismo a Roma nel seicento. Avvisi a stampa e periodici italiani conservati nelle biblioteche romane*. Roma: Bulzoni.
- Canavaggio, J. (2009). Karl Marx y las Comunidades de Castilla. En *À tout seigneur tout honneur* (pp. 141-149). Toulouse: Presses universitaires du Midi.
- Castillo Gómez, A. (2017). Writings on the Streets: Ephemeral Texts and Public Space in the Early Modern Hispanic World. En M. Lyons y R. Marquilhas (Eds.), *Approaches to the History of Written Culture. A World Inscribed* (pp. 73-96). Londres: Palgrave Macmillan.
- Castrillo, A. (1521). *Tractado de Republica con otras Hystorias y antigüedades*. Alonso de Melgar.

- Chartier, R. (2020). Presentismo del pasado. *Estudios Sociales: Revista Universitaria Semestral*, 58(1), 61-74. <https://doi.org/10.14409/es.v58i1.9476>
- Cicerón, Q. T. (1990) *Commentariolum petitionis*. En A. Duplá, G. Fatas y F. Pina (eds.), *El manual del candidato de Quinto Cicerón*. Universidad del País Vasco.
- Dahl, F., Petibon, F. y Boulet, M. (1951). *Les débuts de la presse française. Nouveaux aperçus*. Raymann.
- Davies, S. F., y Fletcher, P. (2014). *News in Early Modern Europe - Currents and Connections*. Leiden: Brill.
- de Andrés Sanz, J. y Ruiz Ramas, R. (2011). El concepto de revolución de Charles Tilly y las revoluciones de colores. En M. J. Funes Rivas (Ed.), *A propósito de Tilly: conflicto, poder y acción colectiva* (pp. 141-160). CIS.
- Díaz Noci, J. (2012). La circulación de noticias en la España del Barroco. En R. Chartier y C. Espejo-Cala (Eds.), *La aparición del periodismo en Europa comunicación y propaganda en el Barroco* (pp. 207-243). Madrid: Marcial Pons.
- Eisenstein, E. (1979). *The Printing Press as an Agent of Change. Communication and Cultural Transformation in Early Modern Europe*. Londres: Cambridge University Press.
- Espejo Cala, C. (2012). Un marco de interpretación para el periodismo europeo en la primera edad moderna. En R. Chartier y C. Espejo Cala (Eds.), *La aparición del periodismo en Europa comunicación y propaganda en el Barroco* (pp. 103-126). Madrid: Marcial Pons.
- Espejo Cala, C. (2013). Gacetas y relaciones de sucesos en la segunda mitad del XVII: una comparativa europea. En P. M. Cátedra García y M. E. Díaz Tena (Eds.), *Géneros editoriales y relaciones de sucesos en la Edad Moderna* (pp. 71-88). SIERS/SEMYR.
- Ettinghausen, H. (2015). *How the press began. The pre-periodical printed news in Early Modern Europe*. A Coruña: Universidade da Coruña, SIELAE.
- Fernández Valladares, M. (2013). La revuelta comunera a través de la imprenta armas de tinta y papel. Testimonios y repercusiones de su difusión editorial. En M. E. D. T. (ed. lit. . Pedro Manuel Cátedra García (dir.) (Ed.), *Géneros editoriales y relaciones de sucesos en la Edad Moderna* (pp. 147-178). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Fernández Valladares, M. (2022). Imprenta y propaganda al servicio de comuneros y realistas. En S. Rus Rufino y E. Fernández García (Eds.), *El tiempo de la libertad. Historia, política y memoria de las Comunidades en su V Centenario* (pp. 419-460). Madrid: Tecnos.
- Gil Pujol, X. (2012). Pensamiento político español y europeo en la Edad Moderna.

Reflexiones sobre su estudio en una época post-whig. *Campo y campesinos en la España moderna. Culturas políticas en el mundo hispánico*, 207-222.

Gracián, B. (1647) *Oráculo manual y arte de prudencia*. Huesca: Juan Nogués.

Guillamet i Lloveras, J. (2012). Las bases históricas del periodismo: una mirada actual sobre la prensa del Barroco. En R. Chartier y C. Espejo Cala (Eds.), *La aparición del periodismo en Europa comunicación y propaganda en el Barroco* (pp. 263-275). Madrid: Marcial Pons.

Gutiérrez Jiménez, M. E., Casas Delgado, I., & González Fandos, P. (2015). Ecos del movimiento de restauración de Portugal en las relaciones de sucesos hispano-lusas. En J. García López y S. Boadas Cabarrocas (Eds.), *Las relaciones de sucesos en los cambios políticos y sociales de la Europa moderna*. Universidad Autónoma de Barcelona.

Hartog, F. (2013). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.

Huici, A. (2017). *Teoría e historia de la propaganda*. Madrid: Síntesis.

Infelise, M. (2010). El mercado de las noticias en el siglo XVII: las tipologías de la información. En A. Castillo Gómez, J. S. Amelang, y C. Serrano Sánchez (Eds.), *Opinión pública y espacio urbano en la Edad Moderna*. Gijón: Trea.

Jensen, K. B. (1995). *The social semiotics of mass communication*. Londres: Sage Publications.

Lasswell, H. D. (1948). The structure and function of communication in society. En L. Bryson (Ed.), *The communication of ideas* (pp. 37-51). New York: Harper and Row.

Maldonado, J. (1522) *De motu Hispaniae*. Manuscrito

Méndez Rubio, A. (2004). *Perspectivas sobre comunicación y sociedad*. Valencia: Universidad de Valencia.

Mora, J. (1589). *Discursos morales*. Pedro Madrigal.

Moragas, M. (1981). *Teorías de la comunicación. Investigaciones sobre medios en América y Europa*. Barcelona: Gustavo Gili.

Nieto Soria, J. M. (2007). *Propaganda y opinión pública en la historia*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

Pazzelli, M. (2003). Tempo e presentismo. *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia*, 36, 249-272.

Peralta Ruíz, V. (1992). La teoría de la comunicación y los retos de la modernidad. *Contratexto*, 5, 29-37.

Pizarroso Quintero, A. (1990). *Historia de la propaganda: notas para un estudio de la propaganda política y de «guerra»*. EUDEMA Universidad.

Rodrigo Alsina, M. (2001). *Teorías de la Comunicación. Ámbitos, métodos y perspectivas*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.

Saperas, E. (1987). *Los efectos cognitivos de la comunicación de masas*. Madrid: Ariel.

Skinner, Q. (2002). *Vision of politics*. Londres: Cambridge University Press.

Thompson, J. B. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.

Vázquez Liñán, M. (2008). Historia de la propaganda: reflexiones sobre su estudio. En *Contrapuntos y entrelíneas sobre cultura, comunicación y discurso* (pp. 344-363). Temuco: Universidad de la Frontera.

Villoro, L. (1993). Sobre el concepto de revolución. *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, 1, 69-86.